

La verdad y la memoria en Ciénaga

*Una mirada desde las víctimas
del conflicto armado*

Fundación Tejiendo Cultura Caribe



USAID/ COLOMBIA

Lawrence J. Sacks

Director

Elizabeth Ramírez

Directora de la oficina de Gobernabilidad y Construcción

Laura Caldeón

Gerente del Programa de Alianzas para la Reconciliación

ACVI/VOCA COLOMBIA

Jimena Niño

Directora del Programa de Alianzas para la Reconciliación

Erika Arango

Subdirectora del Programa de Alianzas para la Reconciliación

Silvana Torrez (Proyecto)

**Gerente del Fortalecimiento Institucional Programa de Alianzas
para la Reconciliación**

La verdad y la memoria en Ciénaga: una mirada desde las víctimas
del conflicto armado

Área: Crónica

© Primera edición: septiembre de 2021

Dirección y producción: Fundación Tejiendo Cultura Caribe

Autores: Ronal Iván Yepes y Guillermo Rico Reyes

Diseño y diagramación: Valentina Montalvo Villalba

Se permite la reproducción parcial o total de esta obra, previa autorización del autor, según la norma.

Esta publicación, hecha en el marco del proyecto “Tejiendo Verdades y Memorias: una invitación a apropiar la verdad y la memoria del territorio de Ciénaga”, realizada por la Fundación Tejiendo Cultura Caribe, fue posible gracias al generoso apoyo del pueblo de Estados Unidos a través de su Agencia para el Desarrollo Internacional.

Los contenidos son responsabilidad de la Fundación Tejiendo Cultura Caribe y no necesariamente reflejan las opiniones de USAID o del Gobierno de los Estados Unidos.

Ciénaga no es solo un municipio de la costa norte colombiana que ocupa un estatus jurídico en los documentos del Estado, no se agota solamente en sus límites geográficos, es, también una evocación y un lugar ubicado en los vericuetos del tiempo, de la historia y la memoria. Ciénaga recibe su nombre por el complejo hídrico del que hace parte su territorio y que está en constante mutación dependiendo de las dinámicas climáticas y humanas. De la ciénaga los pobladores se alimentan y también crean relatos míticos alrededor de esta dinámica. Gabriel García Márquez la describe en *Cien años de soledad* como el “vasto universo..., que según los gitanos carecía de límites. La Ciénaga grande se confundía al Occidente con una extensión acuática sin horizonte, donde había cetáceos de piel delicada con cabeza y torso de mujer...” este territorio es, por así decirlo, una metáfora concreta de la memoria: nada se olvida del todo y cada objeto, espacio y

ser tienen su historia que es contada a su manera por sus habitantes.

Esta vez, y con el pretexto de los laboratorios de arte y memoria de Tejiendo Cultura Caribe, las historias, los objetos y las memorias vinieron caminando desde varios corregimientos y municipios alejados a Ciénaga. La memoria, como la misma Ciénaga y la sierra, es un testimonio vivo que constantemente se manifiesta. No es sino sentarse en cualquier esquina y allí mismo habrá una historia que surge, muchas veces, de manera espontánea. Irrumpe con toda su carga de palabras y se desparrama por todos los rincones.



Ilustración 1. San Pedro de la Sierra cuando era un pueblo indígena, antes de la llegada de los colonos.

Estas memorias bajaron de la sierra atravesando carreteras difíciles, pero conocidas para los habitantes de San Pedro, un pueblo enclavado en las estribaciones de la sierra y desde el cual se ve el mar y llegaron también de los distintos pueblos del municipio vecino Zona Bananera o, simplemente, conocido como “La Zona.”

Todos ellos/nosotros con algo en particular: una historia que contar sobre el conflicto armado colombiano y las implicaciones diversas que esos hechos tuvieron en sus vidas. Algunas personas han logrado adaptarse y otras no tanto, no porque no quieran, sino que para muchos la violencia de la guerra es un lastre constante: algunos no han sido reparados, son constantemente estigmatizados o siguen sobreviviendo a los restos de guerra que todavía persisten en los territorios. Sin embargo, existe un sentimiento particular que se puede identificar en ellos: no están dispuestos a aceptar un futuro sin esperanza. Estas son sus memorias.

Encontrar una manera de contar, de expresar las memorias y los sentimientos fue el objetivo de estas sesiones. En consecuencia, la intención fue hacerlos conscientes del poder de su palabra y ser tenidos en cuenta como sujetos políticos, es decir, con agencia y participación en la cotidianidad de la colectividad humana y poder conmovir los hilos de la historia. En efecto, los participantes tuvieron ese espacio y se lo apropiaron, pusieron nombres a sus propios relatos, manifestaron la capacidad de escuchar y ser escuchados.

Al principio, los convocados entran dubitativos porque no saben que se van a encontrar en estas sesiones. Toman asiento, no se conocen muy bien entre todos, es la primera vez que se ven de manera presencial. A medida que avanzan las palabras, sus rostros se ven más cómodos, el tallerista le explica la dinámica y ellos asienten. Forman un círculo con sus sillas, los relatos comienzan y la palabra se pone en movimiento.

Primero habla Camila, a quien se le ha cambiado su nombre por seguridad como a todos los aquí mencionados, ella cuenta los hechos con un dejo de duda. Desconoce la mayoría de los acontecimientos concretos porque estaba muy pequeña o porque su memoria ha ido borrando ciertos recuerdos en misma medida en la que iba creciendo y acumulando experiencias. Su relato tiene el común denominador de la guerra en Colombia: asesinan al padre y con ello la fuente económica del hogar, la esposa sobreviviente tiene que desplazarse y por el contexto social patriarcal tiene sobre sí la desventaja de ser mujer cabeza de hogar. En medio del calor sofocante, pero en un ambiente acogedor y solidaridad, ella cuenta lo que recuerda:

Sí señor; específicamente a mi papá cuando la zona bananera hacia aparte de municipio de Ciénaga y yo tenía como 10 años cuando fue el homicidio y casi inmediatamente fue el desplazamiento forzoso, todo el núcleo familiar nos afectamos: mis hermanos, mi mamá y yo nos vinimos a vivir en el casco urbano del municipio de Ciénaga.

Pues mira yo no puedo decirte a ciencia cierta, todavía me hago esa pregunta lo que sí sé es que eso marcó mi vida, daño mi proceso de crecimiento, me hicieron madurar a la fuerza, por decirlo

de alguna forma, el tener un papá, porque era el pilar de la familia.

Esa interrupción del proceso de crecimiento, madurar a la fuerza, es la metáfora de la historia local de la parte norte del departamento del Magdalena. Un lugar de cara al horizonte del mar como invitando a un nuevo porvenir y, sin embargo, en un eterno proceso sin concluir. La fuerza de la vida oponiéndose constantemente a ese dolor de las verdades que están ahí, pero que gravitan en una página en blanco sin poder de representación y que de todas formas existe. En ese intersticio surge la palabra de María quien, sin darse cuenta, nos relata lo que parece una ironía en las muchas historias de esta geografía: la utilización de los lugares sagrados (iglesias evangélicas, católicas, etc.) como centros de tortura y homicidio. Ella pone el nombre a su relato:

Mi relato se llama un pueblo ignorado y abandonado a su suerte: Trojas del Cataca.

Todo empieza la tarde 11 de febrero del 2000 como a las 4:30 de la tarde cuando llegó un grupo armado invitando a una reunión, primero con engaños, pero después, secuestrando y encerrando en la Iglesia a todas las personas que llegaron a la plaza del pueblo. Yo personalmente no quise ir aún no me explico por qué.

Solo recuerdo que tenía sentimientos encontrados; miedo, rabia quizá porque presentía que harían una injusticia, sentir que nos obligaban a ir a la fuerza y ellos, un gran grupo fuertemente armado, sin embargo, me quedé sola en mi casa viendo cómo llevaban a dos per-

sonas amarradas, media hora después pasan con dos más, los llevaban para el mismo lugar donde los tenían a todos. Así transcurrió la noche, en medio de llanto y los lamentos de los detenidos. Los perros también tenían miedo lo hacían sentir en su comportamiento.

Como a las 5:45 h del día siguiente se sintió un ruido muy espantoso miré la plaza de dónde venían todos los hombres que habían tenido encerrados, privados de su libertad durante toda la noche.

Trojas de Cataca es un pueblo palafito construido en las lagunas de la Ciénaga. Hasta allí llegó la violencia exterminadora para borrar el pueblo de la memoria de los hombres y mujeres y dejarlos a la deriva, yendo de allá para acá sin rumbo, un pueblo convertido en agua informe por las AUC. El miedo era el sentimiento generalizado. Algunos de los que fueron encerrados en la iglesia fueron liberados y otros no se salvaron del juicio implacable y su sentencia fue el fusilamiento sin más. La gente empieza a irse del pueblo con lo que pueden y otros van a recoger sus muertos y darles así, quizá, justicia a los cadáveres de sus familiares o amigos. Como consecuencia de este hecho (11 de febrero del año 2000) y del desequilibrio ecológico por la dinámica humana sobre el ecosistema el pueblo pasó de ser un lugar de abundante pesca y despensa piscícola a un lugar desolado que poco a poco se extingue junto con su cultura, dependiente de este sistema, y disgregada por varios pueblos aledaños.

Como en Trojas de Cataca, donde se buscaba exterminar una cultura acusada de promover la subversión, la guerra tiene sus encarnizamientos particulares dado que, al mismo tiempo que ejerce la vio-

lencia, también busca establecer un ideal particular sobre el cual se fundamenta su modelo de sociedad. De esta manera la comunidad LGBTI+ no tenía cabida dentro de ese ideal y por tanto fue especialmente perseguida, estigmatizada y violentada tanto por grupos paramilitares, guerrilleros y la población en general que, curiosamente, muchas veces alineaba su actitud discriminadora con los violentos. Carlos recuerda cuando la violencia los golpeó de frente en el municipio de Ciénaga, y aunque aún se presentan casos, los peores años fueron entre el 95 y 2005. Todo el municipio estuvo completamente exacerbado, la ciudadanía vivía un régimen de terror en especial aquellas personas que se identificaban con orientaciones sexuales diversas.

Fueron las mujeres lesbianas las que iniciaron la campaña de romper el silencio lo hicieron en los barrios populares como la placita y la plaza que pasaron a ser zonas de interacción. Sin embargo, los panfletos también comenzaron a llegar “que se abran de acá porque las vamos a pelar” “de esas maricas hijas de puta no quedará nada” muchas tuvieron que ocultar su sexualidad y se metieron con hombres para quedar embarazadas y así demostrar su heterosexualidad, otras salieron exiliadas huyendo después de sobrevivir a atentados o palizas y persecuciones. Muchos y muchas se volaron por los techos y los patios.

Por otro lado, fue la permisividad social y algunas veces familiar de padres, hermanos, tíos y abuelos que decidieron denunciar ante los paracos o la guerrilla, para corregir lo incorregible, que los condenó a esos tratos indignantes. Carlos termina diciendo, como con gesto de resignación y no darle más vueltas a un tema que tiene to-

das las aristas, “bueno, hay más cosas, pero ya está bien poder denunciar todo lo que la comunidad vivió, es un contexto bien importante de lo que ha sido la violencia de género en este municipio.”

En este contexto surge la historia de Sara. Ella es una mujer homosexual que lee el tabaco y todos los días desde que se levanta hasta que se acuesta cada paso está predeterminado por los designios de esa lumbre humeante. Por su preferencia sexual y por su “arte”, como ella lo llama, ha sido perseguida, pero es el mismo el que la ha mantenido con vida durante todos estos años. Cada que se urde un plan en su contra ella lo sabe de antemano y toma precauciones, el tabaco ha dibujado a braza roja su camino. Por eso siempre ha tenido la sabiduría de cómo actuar y ha salido bien librada de todos los ataques dirigidos en su contra. Más allá de esta forma de determinar el camino, ella y su tabaco muestran la capacidad y creatividad para sobrevivir y ser en medio de un entorno que hace quiere borrarla.

La historia de Pilar tiene que ver con ese intento de borronamiento del cuerpo de las sexualidades diversas. Ella ha sido víctima de violencia muchas veces en todas las ciudades donde ha buscado refugio y no son pocas.

La primera vez que fue agredida quede marcada para toda mi vida, hui de la ciudad donde vivía y comencé a recorrer las ciudades en busca de mi rebusque, la pobreza apretaba el estómago. Conocí a una compañera de calle que me dio refugio en su casa a cambio de ayudarla en los quehaceres domésticos, y por las noches nos acompañábamos a buscar clientes.

Fue una noche de esas cuando un muchacho que me hizo una mal-

dad me señaló con un grupo de limpieza social y ellos llegaron a donde estaba trabajando, me buscaban para asesinarme, el delito es que éramos transformistas y por esos años casi nadie lo hacía en todo el país. Tenía unos 18 o 19 años y estaba borracha, por eso no me acuerdo tanto, pero la golpiza tan horrible no la olvido, después de muchos golpes y casi ya sin sentido, uno de mis atacantes tomó una gran piedra y la descargó con fuerza contra mi cabeza y quedé sin sentido. Supuestamente ya estaba muerta así que huyeron a toda carrera, mis compañeras me llevaron al hospital, varias semanas después, cuando me dieron la salida, recogí mis cosas y salí para otra ciudad.

Finalmente, varios años después decidí vivir en la casa de mi hermano que gentilmente me recibió y me colabora en mis necesidades. Gracias a su compañía siento que ya no tengo el temor que tenía desde la primera golpiza. Me cambió la vida hoy mi batalla es con la mi salud, tengo dificultad con una pierna que no me funciona bien, respiro mal y me ahogo con facilidad, el agua lluvia y el sereno me pone en dificultades, el exceso de drogas afectó un pulmón y eso me deja con dificultades. ¡Claro! es el resultado de tantas cosas que consumí: cigarrillo, basuco, bóxer, perico, thinner, gasolina, tantas cosas que consumía.

En resumen, los peores atentados que me hicieron fueron: el primero, que no lo había contado, fue cuando me dispararon en el oído, el segundo cuando me dieron con la piedra en la cabeza y el tercero fue cuando me hicieron salir de “El Retén” Magdalena, otro más fue ordenado por un comandante paramilitar que le llamaban El Papi, una noche me sacaron de un bar llamado Los Dos Amigos, y me sal-

vó una amiga mía llamada Claudia “espera que ella no se mente con nadie” les dijo, ella nos arregla la ropa, la lava y nos atiende cuando es necesario, déjenla tranquila, entonces esos hombres me dijeron dale gracias a Claudia y me soltaron. Ese día lloré por eso la quiero mucho, cuando Claudia llega a mi casa corro a abrirla la puerta.

Quizá el agradecimiento y la hospitalidad es una forma más de la esperanza y por eso queda un halito de alegría cuando S. termina su relato mostrando como no olvida y ha logrado establecer vínculos de solidaridad a pesar de las circunstancias Sin embargo, este ensañamiento con los cuerpos tiene otro capítulo importante y que hace parte del discurso de la guerra es la práctica sistemática de la desaparición forzada. Está contemplada como un crimen de lesa humanidad por el derecho internacional. Realmente es un “más allá del homicidio y de la muerte” para quienes sobreviven. Es la constante zozobra del lugar en donde yace la persona desaparecida se convierte en una obsesión, los sueños, a veces, son un intento por ir un poco más allá de la realidad y quizá encontrar allí al ser querido, tras la desaparición se empieza a desmoronar toda una realidad presente y futura que afecta la identidad, la representación, el tejido social y la confianza humana. Es el caso de Mónica a quien le desaparecieron al su esposo quien vive en Santa Marta hoy en día.

Juan era un profesor dedicado a sus alumnos fue desaparecido el 8 de agosto del 2010 dejando dos hijos la niña que tan solo tenía 7 años y el niño que la semana siguiente iba a cumplir un añito de vida.

Se presentaron las respectivas denuncias, pero de su desaparición no se supo nada, sus estudiantes hicieron velaciones, hubo algunas marchas porque era docente activo líder sindical se denunció ante los medios de comunicación. Todo este esfuerzo solo logró que el año pasado su familia recibiera un registro de defunción.

En estos momentos soy madre cabeza de hogar víctima del conflicto, desempleada y luchando por la justicia todo el tiempo... ha sido muy muy duro por eso digo que todavía no le tengo nombre a esta historia, lo único que sé es que es una historia larga y dolorosa, cuántos años vividos. La niña abandonó sus estudios por falta de recursos económicos, el desempleo no permitió que continuara y el niño estaba en un colegio privado, pero lo retire y ahora está en un colegio público, para él ha sido muy doloroso porque siempre ha tenido presente que a su padre se lo quitaron.

Él estaba muy amenazado y pocos días después de su desaparición la Unidad Nacional de Protección le mandó el esquema de seguridad: una camioneta blindada con escolta, pero ya era muy tarde.

Por otro lado, en la guerra hubo muertes de esas “que no tocaban”, esto parece un lamento injusto de esos que se dan solo cuando la vida está tan desprestigiada que lleva a tremendas valoraciones, como sí hubiera muertes “que sí tocaban”. Esta es la memoria de Eugenia quien quiere llamar a su historia “Por la Bendita Silla la Muerte de mi Hermano”

Comenzaba la mañana un 22 de enero 2002 el sol se asomaba desde la montaña y lo que parecía ser un día feliz horas más tarde se con-

virtió en pesadilla. Mientras mi hermano mayor se encontraba en su trabajo y mis hermanos menores jugaban, yo celebraba la que sería el primer paso en la conquista de mi mayor sueño ingresar a la Universidad. Él me había prometido que, si pasaba el examen de admisión, pagaría mi carrera, y yo lo había logrado, así que lo había llamado a su trabajo para contarle con gritos de felicidad la gran noticia.

A las 5 de la tarde estaba punto de salir al Instituto bolivariano cuando llegó mi hermano de su trabajo me sonrió con una gran sonrisa y una frase que nunca olvido: “tan bella mi hermana, yo no sé por qué no ha tenido ni un solo novio, pero mejor porque yo solo quiero que tú estudies y que salgas adelante” nunca pensé que esas fueron las últimas palabras que me dirigió, después salió hacia la vivienda continua a preguntar por una vecina que había estado enferma de un cáncer.

Había trabajado toda la noche sin dormir y no pensaba que en esa silla se había sentado unos minutos antes uno de los peores ampones del sector el “Boca podrida” y que muchos matones buscaban porque días antes había asesinado a unos policías y creía que la había sacado suave.

Yo era tan ingenua que cuando la gente hablaba de los paracos, pensaba que era un enjambre de avispas o algo así, por eso cuando dijeron que esa plaga estaba revoloteando yo solo pensé en sacar un paraguas para que no me atacaran, por su puesto, todos los que me oían se burlaban de mí, pero nunca me explicaron de que se trataba.

Nunca pensé que fueran hombres con pasamonta-

ñas que llegaron en motos y sin hacer una sola pregunta, le dispararon a mi hermano que murió inmediatamente.

Acaban de sacar a la gente de sus casas para quitarle la vida, después la de mi hermano y siguieron con más muertos en todo el barrio, cometieron más de 20 muertes, solo pararon cuando las calles estaban completamente vacías.

Desesperada me tocó continuar con mi vida, pero ahora sin sueños y con muchas responsabilidades que nunca pensé en tener; era una de las mayores de un grupo familiar con muchas dificultades, mi padre en silla de ruedas a mi abuela enferma desde hacía años mis hermanos con estudios que siempre financiaba mi hermano, para él ya no estaba y ahora era mi turno de hacerme cargo de mi familia y mi sueño de ser profesional tirado a la basura.

Sin saber cómo ganarme la vida, me dedique a viajar a Maicao a traer mercancía para venderla y mantener a mi núcleo familiar, pero la desgracia me perseguía, los paramilitares nuevamente golpeaban mis sueños, ahora ellos se encargaban de quitarle la mercancía por carretera, el grupo de Jorge 40 paraba a los vehículos de todo tipo y si encontraban algo de valor de lo quedaban así me quitaron toda la mercancía con que nosotros trabajamos, a veces hasta la misma policía de control del contrabando nos la quitaba para ellos hoy soy una mujer que se siente impotente hasta de soñar, porque la vida se ha encargado de arruinar todos mis sueños.

La anterior historia muestra que como consecuencia de la guerra han quedado muchos traumas. El dolor reprimido y que

poco a poco va carcomiendo las conciencias por dentro, esa es una forma silenciosa de la violencia y el terror de la guerra.

En este sentido, lo que sigue es el relato de un nieto que no supo del dolor que llevaba su abuela hasta que un día, y de manera azarosa, fue revelada toda la fabula que ella había construido alrededor del hecho como una manera de protegerlo a él y, quizá, como una manera de sobrellevar algo para lo que nunca se logra explicar del todo.

La masacre de Trujillo es una de las peores que se ha cometido en Colombia hasta 1994, fecha en que el entonces presidente Ernesto Samper Pizano reconoció la responsabilidad del Estado por acción u omisión sí. Allí fueron asesinados 342 campesinos y la vida del padre tiberio Fernández Mafla quien se quedó para defender a su pueblo y también fue asesinado. Los habitantes se desplazaron por todo el país y no es raro encontrar en Cali, Bogotá, Medellín o en ciudades de la costa familias enteras (o lo que quedó de ellas) buscando un refugio de paz dónde fueran acogidos para dejar atrás la pesadilla de lo que representó más de una década de muertes violencia de todo tipo en ese municipio del norte del Valle del Cauca.

Ferney es un joven de apenas 19 años, llegó con su abuela hace más de 12 años. Arrancó para la costa por amenazas de los paramilitares que azotaban el municipio de Trujillo.

Fue criado por su abuelo y su abuela así de que el viejo lo veía como un hijo y lo trataba como tal. Según cuenta, todas las noches él le leía historias que traía de los libros que conseguía para que su Nieto fuera un hombre inte-

resado en la cultura, en la lectura, en el arte y en todos los hechos de la vida.

Una mañana un grupo de hombres llegaron a la casa y se llevaron al anciano. Nunca lo volvieron a ver. Su abuela siempre le dijo que su abuelo se había ido a un viaje muy largo y que se iba a demorar pero que no se preocupara por él porque siempre estaría en buenas condiciones y desde donde estuviera él los iba a cuidar a los dos. El tiempo pasó y Ferney, quien se negaba a olvidar a su abuelo, siempre le preguntaba cuándo volvería, las disculpas se estaban desgastando, ya no había mucho que decir, siempre el mismo comentario “ya vendrá no te preocupes.” Un sábado, Ferney no recuerda la fecha, pero sabía que habían pasado por lo menos 7 u 8 meses desde que su abuelo había desaparecido, el grupo de hombres que se había llevado a su abuelo apareció y les dijo tenían dos horas para irse o, de lo contrario, los matarían como lo habían hecho con su abuelo.

Todo fue confusión para Ferney, no sabía qué hacer ni qué decir, su abuela le había estado mintiendo y él siempre creyó en su palabra, nunca se imaginó que el hombre que tanto amaba, hacía mucho rato había dejado de vivir. Ese día, de un solo golpe, supo que perdían absolutamente todo, la casa donde vivían, la pequeña parcela que les pertenecía y que hacía mucho tiempo su abuelo había muerto.

Llegaron a Ciénaga, una ciudad radicalmente diferente a la que habían habitado toda su vida, la música, la forma de vestir de la gente, el acento y la forma de hablar, todo era una nueva experiencia que muchas veces lo hizo llorar. Algún tiempo después comenzó a tener amigos y comenzó a compartir con algunos de ellos el dolor y el su-

frimiento que cargaba adentro, la sorpresa fue dolorosa y grata: dolorosa porque se dio cuenta de que su historia no era muy diferente a la de los niños de la costa, y grata porque con ese vínculo doloroso de alguna forma los reunía entorno a un sentimiento en común.

En este evento se animó a contar públicamente su tragedia, no pudo evitar su llanto y aunque al principio sintió algo de vergüenza el abrazo y la solidaridad de todo el grupo lo hizo sentir como si estuviera en su casa. Solo les queda la pregunta dolorosa ¿Por qué su abuela no compartió su tristeza y su angustia conmigo así solo fuera un pequeño joven de menos de 10 años? Quizá la respuesta no tenga una sola forma de ser expresada, pero en este ejercicio de escucha y auto-escucha muchas cuestiones puedan ser esclarecidas.

De este testimonio pasamos, por la fluidez de las palabras, a la costa norte del Magdalena es un ecosistema sorprendente y complejo, justo al frente del mar esta la gran Sierra Nevada de Santa Marta. Allí hay varios corregimientos que hacen parte de la jurisdicción del municipio de Ciénaga: San Pedro, Palmor y San Javier. Esta es una zona rural y, como está consignado en bastos volúmenes de historia, la guerra tiene mayor incidencia y afectación.

Desde esta periferia llega la voz de Germán quien cuenta como una tarde, casi noche, la guerrilla atacó la estación de policía en lo que sería uno de los hechos más lamentables para los habitantes del pueblo. Las ruinas de dicha estación persistieron sin ser totalmente derrumbadas o reconstruida por varios años, como si la comunidad hubiera sucumbido a la

pesadumbre y, de alguna manera, quisiera mantener aquellos escombros como una representación de lo que a veces parece la perpetuación del dolor. Hoy, sobre aquel lugar, se ha construido un puesto de salud del cual solo el primer piso es funcional porque el segundo quedó a medio construir por problemas de recursos, al final, quedó una estructura ambigua que simboliza ese medio camino en el que se encuentra la memoria y la resiliencia en el territorio. Así relata Germán aquella tarde.

Fue una noche de pánico, habían pasado las 8:00 de la noche cuando disponíamos a dormir; sabíamos que en nuestra zona se encontraba el frente 19 de las Farc y que su objetivo era sacar a la policía para poder gobernar; por eso los permanentes hostigamientos al puesto. Por eso, cuando sonaron los primeros disparos creíamos que era otro mini ataque de los que solían realizar; sin embargo esa noche no fue así cuando el pueblo comenzó a poner más atención de lo que estaba sucediendo descubrieron que eran varios grupos que estaban rodeando la estación de policía y que de todas partes disparaban sus proyectiles se han echado en todas las casas que estaban alrededor de la policía y como si fuera poco desde las montañas habían montado armamento pesado que comenzaron a usar.

Las balas seguían cruzando de un lado a otro, los guerrilleros disparaban desde todos los puntos donde se encontraban, montañas, casas y colegios, fue un ataque que duró toda la noche, la noche más larga de todas.

La policía resistía, su lema era cuidar supuesto. Llegó la mañana y con ella el silencio, el enfrentamiento había terminado, por lugar donde yo vivía bajaron los guerrilleros, algunos nos dijeron “¿cómo le

pareció la fiesta?” pero otros más indiferentes a lo sucedido nos gritaron: “allá le dejamos un regalito” se referían al saldo del combate. Cuando llegamos a la estación encontramos cuatro policías muertos y ocho que les tocó entregarse “voluntariamente”, la superioridad numérica no les dejó alternativas, pero también el puesto de policía había quedado totalmente destruido, como el colegio donde se apertrecharon los insurgentes, varias casas averiadas y la paz destruida.

Lo único bueno fue que los ocho policías que se rindieron, varias horas después los dejaron libre, de ellos solamente querían sus armas.



Ilustración 2. Estación de policía de San Pedro antes del atentado por parte del frente 19 de las FARC-EP.

Sobre lo anterior, podemos ir un poco más atrás, porque la historia violenta de San Pedro (y la sierra en general) tiene otra cara: la época de la marihuana desde los años 60. Como si el mal fuera una especie de enfermedad arrastrada a través de los años, esta época fue quizá el prólogo de esa guerra posterior. Así lo cuenta Eduardo quién nombró su relato “Maldita marihuana”:

Lo peor que le paso al país fue la marihuana, por supuesto que mi pueblo, San Pedro de la Sierra, fue uno de los más afectados, por esa planta se acabó la tranquilidad de nuestra familia, los jóvenes que no cayeron en el vicio, los grupos que hacen la guerra los convencieron para que se unieran a ellos, siempre con la promesa que la droga daba tata plata que las pagarían buenos sueldos.

Fueron muchas personas que esos grupos delincuenciales usaron como les dio la gana aprovechándose de su poder armado, dejando a las familias llorando por su partida, los ponían a cultivar, procesar la droga y venderla menudeada en las calles. Para muchas madres las tardes se convirtieron en tristeza, siempre llorando a los seres queridos. Luego llegó la guerrilla con sus discursos políticos y promesas de librarnos de esos grupos y claro, los campesinos les creímos, pero lo que en realidad querían eran a los pocos jóvenes que no se habían vuelto viciosos de la droga.

Después masacraron a varias personas, jefes de esos grupos, para demostraron su poder, dejando en claro que ahora eran los que mandaban. Con discursos nos convencieron de que acabarían con todos los que negociaban con eso y casi de inmediato hicieron lo que llama-

ban “limpieza social” atacaron el puesto de policía a sangre y fuego lo que obligó la intervención del ejército y con él entraron los parcos, entonces los momentos de zozobra, humillación y terror fueron diarios.

En este mismo sentido, en otro pueblo de la sierra Efraín nos cuenta cómo vivió aquella época en Palmor. Él llama a su relato “El asesinato de mi padre, Luis Fernando Amórtegui a manos de la guerrilla de las Farc. Y después de su homicidio, la vida de mi madre, mi abuela y mis otros los hermanos.”

Como todo primero de mes, mi padre madrugaba al pueblo para comprar el mercado de todo el mes. Como cada primero de cada mes, mis hermanos y yo subíamos a la terraza de la casa como a las cinco de la tarde, para verlo llegar cargado de comida y los siempre ansiados regalos que nos traía con las viandas del mes. Ese lunes primero de agosto de 2005 era además muy especial: los cumpleaños de mi madre.

Fecha que jamás olvidaremos, este día estaría lleno de cambios para muchas personas y más para mi madre que cumplía años. Éramos una familia feliz, vivíamos con lo necesario en la zona alta de la Sierra Nevada de Santa Marta, Palmor, nuestro hogar estaba conformado por mi padre Luis Fernando mi madre Oneida y dos hermanos la mayor Jennifer y el menor Miguel y mi abuela paterna Lucia, que en paz descansa.

Acabaron con la vida de un hombre lleno de sueños y anhelos dejando a sus 3 hijos su madre Lucía León y su esposa sin ilusio-

nes, un hogar y una mujer que desde ese mismo instante empezó su sufrimiento pero siempre con cara dura, ya que tenía que dejar su dolor a un lado para convertirse en padre y madre y ser un apoyo para sus hijos y su suegra, además de ser la primera fuente de sobrevivencia en el hogar “no tuve tiempo de llorar” estas palabras de mi madre que con el dolor de haber perdido una parte importante para ella y más para el hogar se levantaba todas las mañanas madrugada para ir a laborar. Llegaba cansada a casa y se encontraba con el triste panorama de un hogar cubierto por la espesa niebla de la tristeza y el dolor.

La abuela también había sufrido la violencia, ella tenía dos hijos el mayor fue secuestrado y nunca se volvió a saber nada, por eso nos desplazaron de la Palma Cundinamarca acá, ella llegó con mi padre, el único que le quedó, con su asesinato. Yo, que era tan solo un adolescente, me tocó lidiar con el sufrimiento de las dos mujeres mayores, mi madre y mi abuela, ella perdió sus dos hijos de una forma violenta. Mi padre es irremplazable, nunca descuido a su mamá, como tampoco al hogar que creó y del que quedamos los tres hijos.

De cuando en cuando este hombre que cuenta la historia de su padre recuerda como los primeros de cada mes se subían a la parte alta de su casa para esperar al jefe de ese hogar para verlo llegar con el mercado de todo el mes que se iniciaba, pero a la par de las viandas el también traía regalos para cada uno de sus seres queridos, todos, madre, esposa y tres hijos recibían de sus manos las demostraciones de su gran amor.

El dolor causado por las masacres, las desapariciones y los asesinatos selectivos parece que es una serie de círculos repetitivos y que cada uno de estos relatos tiene resonancia en un hecho igual en el pasado familiar. Una especie de resonancia perpetua y que no tiene una perspectiva cercana en la cual se pueda vislumbrar la solución, esa es la impresión que parece haber en las palabras de cada uno de los narradores de estas historias. Lo anterior tiene como consecuencia que el dolor persista en las personas. Julián habla sobre el asesinato de su padre. Parece que le cuesta al principio porque, según dice, ha buscado la manera de contar su historia, ha buscado una estructura para su relato porque sacar a la superficie todos esos sentimientos desordenados y confusos no es fácil, quiere decir, hay que escucharla entonces para que encuentre por sí sola esa manera. Así lo cuenta ella. *Llevo días tratando de hilar las palabras apropiadas para contar mi historia y aun no lo logro, me embarga una profunda tristeza, porque recuerdo ese dolor tan grande cuando en una llamada telefónica mi hermana me dice: “Quédate con mi abuela, mi mamá y yo nos regresamos para Ciénaga”, en ese momento no entendía, ellas nos habían dejado hacia solo 30 minutos en un centro de salud, porque a mi abuela le iban a hacer algunos exámenes y yo la acompañaría, por parejas teníamos tareas que hacer: mi mamá y mi hermana harían compras, mi hermano y mi tío buscarían un repuesto para el carro y mi abuela y yo en exámenes.*

-¿Ya compraron? Pregunté sorprendida, pues con lo quisquillosas que son para comprar, lo hubieran hecho en tiempo récord. No me respondió, se hizo un profundo silencio, ella estaba enmudecida, nuevamente

le pregunté - ¿oye qué si ya terminaron de comprar? -NO, respondió; -nos regresamos porque mataron a mi papá-. Y sin más palabras, colgó.

No sabía qué hacer; salí del centro de imágenes para que mi abuela no se diera cuenta, ella era diabética e hipertensa y una noticia así podía hacerle daño. Caminaba de un lado a otro mientras llamaba a la casa para hablar con mi hermana menor; que se había quedado en Ciénaga, nunca contestó, pasé a marcarle a mis tías, pero tampoco respondieron, no hallaba la forma de corroborar lo dicho por Katherine. Cuando volteo mi mirada, noto que mi tío se baja del carro, camina hacia mí y con un abrazo, me dice las palabras que uno nunca quiere escuchar “lo siento hija” alzo mi mirada y veo a mi hermano llorando dentro del carro. No dejaba de pedirle a Dios en silencio que todo esto fuera una mentira, una equivocación, incluso pedía que así fuera en una silla de ruedas o en una cama, pero que lo mantuviera con vida. Me subí al carro y mi tío entró por mi abuela, ese viaje de Santa Marta a Ciénaga fue eterno.

Ese 14 de Julio de 2015, llegué a la casa justo cuando mi papá se disponía a ir a trabajar; estaba inquieto porque mi hermano aun no llegaba a almorzar y ya era la 1:30 de la tarde, el recibía turno a las 2:00, me pidió que lo llamara para despedirse, hablaron y luego me dice -Vanessa, le pones la comida al niño, ya viene para acá, porque va a viajar con ustedes- me miró con esos hermosos ojos miel y me tiró un beso,-que les vaya bien- y salió para su trabajo, la noche anterior lo habían llamado para informarle que su turno había sido cambiado, que no debía presentarse al Hospital sino a un Puesto de Salud adscrito... Esa fue la última vez que lo vi.

Los treinta minutos que dura el trayecto entre Santa Marta y Ciénaga parecieron horas, en la van íbamos cuatro personas llorando en silencio, al llegar; encontramos vecinos y personas allegadas en la puerta de la casa, Zareth mi hermana menor, al recibir la noticia se fue a casa de la tía Cecilia, ella estaba sola y no sabía que debía hacer; todo era confuso, las personas nos preguntaban ¿por qué lo mataron?, es increíble cómo pueden hacer ese tipo de preguntas, en momentos de tanto dolor. Nosotros no entendíamos que había pasado, solo se nos pasaba por la cabeza que podía ser una equivocación porque a papá le habían cambiado el turno la noche anterior.

Pasaban las horas y no nos entregaban el cuerpo de papá. Yo no me resignaba y estoy segura mis hermanos tampoco, no lo habíamos visto y en el fondo de mi corazón rogaba que todo fuera un error; una equivocación, pedía tanto un milagro, deseaba que esa demora del hospital fuera una terrible pesadilla de la que pronto iba a despertar. Pero no era así.

El médico legista no se encontraba en el municipio y por lo tanto no podían liberar el cuerpo sin la obligada autopsia. Lloré tanto solo pensar que su cuerpo iba a estar ahí sucio de fango y sangre (las calles estaban llenas de lodo porque había llovido el día anterior) hasta el día siguiente que llegara el legista, no podía creer que esto estuviera pasando, me senté en una banca frente al hospital esperando, aun guardaba la esperanza de que el galeno o su residente llegaran.

Al rato de estar ahí, veo que la persona que en ese entonces era considerado el “jefe” del hospital va bajando los escalones, corrí y me

acerqué a él, mi papá lo consideraba su “amigo”. Le dije -por favor, ya queremos llevarnos el cuerpo de mi papá, ¿a qué hora llega el médico legista? Me miró, me agarró las manos y me dice: –“Siento mucho la muerte de tu papá, era un gran amigo, ya estoy haciéndome cargo, mañana a primera hora será entregado a la funeraria. Hoy es imposible, el médico legista está de permiso”- no me dio oportunidad de decir nada más, subió a su camioneta, cerró la puerta y partió.

Mi tío Rafael nos dijo a mi hermano y a mí que ya era hora de volver a casa, que mi madre nos necesitaba. No quería irme de ese lugar sin mi papá, no quería volver a la casa a escuchar preguntas, de las que no tenía respuestas, no quería lidiar con imprudencias de la gente, podía parecer desagradecida por no valorar en ese momento en el que muchos estuvieron ahí acompañándonos en nuestro dolor y pesar... pero realmente no quería a nadie a mi lado, sin embargo, tocaba regresar:

Y llegamos allí, pero mis pensamientos estaban lejos, muy lejos mientras la casa se llenaba de personas que expresaban sus condolencias, mi papá era una persona muy querida, un hombre colaborador al extremo, desprendido de las cosas, excelente amigo, padre ejemplar y esposo abnegado. Quienes lo conocieron, sabían cómo era y nunca imaginaron que su vida terminaría de esa manera.

Fue la noche más larga de mi vida, traté de dormir para que el tiempo pasara más rápido, pero los recuerdos invadían mi mente, mis pensamientos se sentían reales, a mi cabeza venía la imagen de su rostro sonriendo antes de salir a trabajar, imagen que cambió drásticamen-

te a las 10 de la mañana del día siguiente, cuando llegué a la funeraria, entré apresurada, para ya adentro, caminé lento hacia la sala de velación, pensaba que ayer quería tener su cuerpo y en su presencia orar por su descanso, pero ahora, ya no quería verlo en esa caja...

Cada paso que me acercaba al féretro agudizaba mi dolor; que llegó a su culmen cuando vi su rostro lacerado por tres de las cinco balas que dispararon los hombres de Jorge Magonez Lugo, alias “Carlos Tijeras”, en esos momentos no sabíamos quien había ordenado su muerte, años más tarde Justicia y Paz, nos notificó, esa imagen me golpeó tan fuerte que sentí que ya no podía más, me abrumó tanto dolor que sentí morir una parte de mí, lloraba y en mi interior me preguntaba ¿por qué nadie dijo nada? ¿Por qué no intervino nadie? Un puesto de salud siempre está lleno de gente ¿Qué clase de persona llega a disparar sin cerciorarse que es realmente a quien buscan? Esas preguntas estuvieron en mi cabeza todo el tiempo. El sepelio se había programado para el 16 porque una hermana y un sobrino de papá viajaban de lejos para asistir al funeral.

Todo el día estuvimos acompañados, siempre había alguien brindándonos su apoyo y solidaridad, fue duro cuando llegó la noche y tocó abandonar las instalaciones de la funeraria, pues solo permitían la velación hasta las 10. Otra noche eterna llegaba y con ella el dolor de saber que en unas horas daríamos el último adiós. Amaneció 16 de Julio de 2015, no sé de dónde salían tantas lágrimas, no paraba de llorar, no encontraba consuelo, mis hermanos estaban tan afligidos como yo y mi mamá se mostraba fuerte, pero todo eran apariencias, sus ojos estaban tan hinchados como los nuestros, pero no se derrumbó, ni se quebró delante de

nosotros. ¡Dios cuanto la admiro! Tuvo siempre la valentía para sacarnos adelante y hacer de sus cuatro hijos buenas personas, profesionales comprometidos con nuestros proyectos, nunca a pesar de lo que vivimos nos pudo incitar al odio, ni a desear el mal, todo lo puso siempre en manos de Dios, aun después de enterarnos porqué mataron a mi padre.

Con los días nos enteramos que no hubo ninguna equivocación, que esos hombres llegaron al puesto de salud y entraron preguntando con nombre y apellido por José Suarez, una de las enfermeras les dijo que estaba en archivo, buscando las historias clínicas de los pacientes que se iban a atender esa tarde, al conocer el lugar en donde se encontraba, los hombres se dirigieron y al hallarlo, lo sacaron por la fuerza hasta la puerta de la calle, según cuentan las enfermeras y algunos pacientes que estaban en el lugar; mi papá les preguntaba ¿qué pasa? Les gritaba -suéltlenme, no he hecho nada, se equivocan- pero ellos respondían con golpes los gritos de mi padre.

Ya en la mitad de la calle, desenfundaron sus armas y le dispararon tres veces en la cara: una bala entró por su pómulo derecho, otra en su mejilla izquierda y otra en su frente, cuando su cuerpo cayó, dos disparos remataron su cobarde homicidio: uno en la nuca y otro en la espalda. Su cuerpo quedó tendido boca abajo, en la mitad de la calle, su sangre mezclada con las aguas sucias de un charco que la lluvia había dejado.

Cinco disparos acabaron con los sueños de un hombre entregado a su familia, con la felicidad de un hogar, con las ilusiones de unos hijos, con la tranquilidad de una familia... a partir de su muerte, la zozobra y el temor de una madre estaban presentes todo el tiempo.

Tiempo después, José Suarez, un jefe paramilitar conocido como Carlos Tijeras reconocía que él ordenó su asesinato como un “encargo, un favor, una petición.” Días antes, la víctima había visto quienes fueron los responsables del robo de un equipo médico. Increíble el poco valor que le dieron a su vida, no encontraron otra forma de callarlo, sabían que mi padre era incorruptible y que la única solución fue callarlo para siempre.

Algunos lo llaman “Karma” otros “justicia divina” lo cierto es que, con el tiempo, hemos sido testigos que “todo lo que se hace en esta vida se paga, los padres sabemos que no hay peor dolor, que ver sufrir a un hijo, pero sin duda es mucho más doloroso para un padre, ver morir a sus hijos y eso es lo que ha pasado con el hombre que le pidió al “favor” a Carlos Tijeras. Uno a uno ha sepultado a sus hijos, todos ellos asesinados con arma de fuego.

Han sido 16 años de un dolor del que nunca nos vamos a sobreponer; toda mi familia nos reunimos con frecuencia, entonces pienso en lo feliz que sería mi padre al ver lo que somos sus hijos, en lo feliz que estaría lidiando con sus cinco nietas, pero también, doy gracias a Dios por el tiempo que no los prestó, porque lo que somos lo aprendimos de él. No sé si Dios me ha dado el don del perdón, quiero pensar que sí, estoy segura de que me ha ayudado a sanar heridas, porque cuando me encuentro con ese hombre en la calle, decir que me es indiferente es mentir, pero esa rabia y el odio que me carcomía por dentro ha disminuido, no sé si esté bien; solo sé que mientras más odiaba, más dolor sentía, pero cuando conocí la verdad decidí recordar a mi padre con el amor que él me inculcó.

Así concluye. Y en la medida en que fue desglosando la historia pareciera que encontró algunas respuestas. Es una historia trágica, sí, pero este relato muestra como se identificó con sus palabras, como si por fin se pudiera escuchar a sí misma. El conflicto muchas veces fue la imposición del silencio, hoy tienen la oportunidad de poder ordenar esos sentimientos en un lenguaje y eso les da el poder de tramitar sus sentimientos y hacerlos escuchar por otros.

Encontrar una estructura en su lenguaje, en sus memorias y sentimientos fue el objetivo de estas sesiones. En consecuencia, que se empoderaran se su ser. Por eso, a pesar del dolor desanudado en las sesiones, al finalizar muchos agradecen. ¿Qué agradecen? Simplemente ser escuchados, tenidos en cuenta. Así las cosas, parece que las soluciones son sencillas. Sin embargo, cuando un país se ha acostumbrado al ensordecimiento y la indiferencia como mecanismo de defensa frente al dolor, la distancia parece extenderse. De momento podemos quedarnos con ese agradecimiento, de momento eso basta. En este sentido, Martín dice “me siento bien, causa algo de tristeza porque uno recuerda lo sucedido, pero a la vez a la vez es refrescar la memoria y eso sirve para seguir adelante y quedarse fuertes y que esta experiencia le ayude a personas que también han pasado por eso por esos momentos”.

Es muy chévere, muy chévere porque se comparte y conoce personas que han vivido estos mismos momentos tristes. Me gusta que este tipo de hechos se recuerden para hacer la memoria, es un paso importante para generar garantías de no repetición o sea que este tipo de hechos no vuelvan a ocurrir pues yo creo que, si eso no se repite, al hablar de eso

va quedando en el olvido no sin antes crear un eco de lo que aquí pasó.

Josué agradece el intercambio de la palabra que se dio en el espacio: ... *bueno pues ha sido un espacio en el que hemos podido compartir; conocer que hay una cantidad de gente diversa y me parece que ha sido muy acertado unirnos mezclarnos con ellos que tienen opiniones diferentes que ha vivido situaciones diferentes y aquí tienen cómo decirlo, con orientaciones diferentes, entonces ha sido muy constructivo y provechoso el espacio.*

Bueno, la compañía que tenemos nos ayuda a escuchar las historias y a entender el sufrimiento de ellos, a veces solo pensamos en nuestro sufrimiento, pero escuchando a los demás nos damos cuenta que nuestra pena, aunque es dolorosa, no hemos sufrido tanto al escuchar relatos que son bastante crueles no tanto como el de alguien que contó cosas muy difíciles de vivir; entonces la compañía que nos hacemos es muy valiosa, saber que no estamos solos que hay gente que ha pasado por lo mismo que ha sufrido en la misma medida o quizás mucho más, eso nos ayuda a sobrellevar un poco todo este dolor. También nos encanta la idea del espacio, era precisamente la forma que generamos esos lazos de confianza y empatía entre todos, creo que es un elemento que muchas veces a la sociedad se le olvida de las personas que que transitamos día a día.

Es muy importante que la gente conozca por las que hemos pasado y que todos sepan de nuestro sufrimiento, por lo que hemos vivimos lo que pasamos a pesar de tantos años y todavía recordamos con dolor, que nos cuesta porque va a ser algo que nunca vamos a poder olvidar. Aquí creemos y confiamos que no se repita porque todos debemos tener esa

confianza, pero sí es importante que los demás lo conozcan o sea que este tipo de espacios fantásticos porque mira esto, además de la reconstrucción de memoria, están realizando varios proyectos artísticos que nos van a permitir llegarle a más personas de la sociedad entonces nos encanta y que tengan buenas expectativas del espacio muchas gracias.

Todos reconocen la importancia de la escucha y la palabra. Sus historias particulares han quedado consignadas, no en los archivos para se agujereados por la polilla, sino en la experiencia misma de los laboratorios y de los participantes que han formado una comunidad de memoria, es decir, los unen las experiencias compartidas y la identificación con los sentimientos del otro, por eso muchos de ellos, al terminar, han quedado de seguir en contacto, comparten sus números celulares, toman nota, buscan el horizonte de sus lugares de residencia y se van.